

## NECROLOGIA

ALFONSO RIVERA VALENZUELA

IN MEMORIAM\*

En noviembre del año pasado el Dr. Alfonso Rivera Valenzuela, tomado de la mano de la amorosa compañera de su vida, traspuso la misteriosa barrera de la muerte. Su prematura e inesperada desaparición dejó completamente anonadados a los que tuvimos el privilegio de conocerles de cerca, sentimiento al que siguió una profunda tristeza y una firme rebeldía a aceptar el hecho brutal, inexplicable.

A pesar de que su vida profesional fue relativamente corta nos ha legado una actitud digna de ser emulada y una obra fecunda, lo que nos hace calificarle de malogrado considerando lo que de él esperábamos, ya que estábamos ciertos de su gran potencialidad creadora, consecuencia de su talento, preparación y dedicación.

Alfonso Rivera fue dotado de una capacidad superior que supo aprovechar íntegramente. Desde estudiante se manifestó su brillante intelecto y una insaciable sed de aprender que le llevó a acogerse al Hospital de Enfermedades de la Nutrición, en aquella época recientemente creado, en donde desarrolló una trayectoria luminosa y plena de realizaciones. Se asoció primeramente al Departamento de Patología y lo que ahí aprendió habría de ejercer poderosa influencia en su formación futura. El sentido y profundidad de su tesis profesional sobre la "Correlación Clínica y Funcional en la Insuficiencia Hepática" apunta ya al hombre de ciencia que entonces se gestaba.

Obtenido el título de médico cirujano, ingresa al grupo de Médicos Subresidentes en donde deja constancia de su inteligencia y bonhomía. Su deseo de superación lo empuja siempre hacia adelante y conquista el grado de Maestro en Ciencias que le confiere la Universidad Nacional de México por los estudios

---

\* Nota leída por su autor en el homenaje que la Academia Nacional de Medicina tributó a su Socio Numerario Dr. Alfonso Rivera Valenzuela en la sesión del 24 de marzo de 1965.

que hizo en Gastroenterología. Los méritos que acumuló hacen que sea designado Jefe de Residentes y vuelve a convivir otra vez, durante dos años, con quienes tanto quiso, con este grupo de jóvenes médicos que llegan a la institución con grandes ambiciones y que tan intensamente dedican lo mejor de su esfuerzo a conseguir una sólida preparación.

Cuando en nuestro medio ambiente alcanzó madurez y los conocimientos adecuados, su inquietud y su vocación por la ciencia le hicieron ir a buscar al extranjero otras fuentes del saber con las cuales deseaba enriquecer su ya basto acervo de conocimientos y laborando así sin descanso al lado de hombres notables como el Dr. Thorn en el Hospital Peter Bent Brigham y más tarde en los Institutos de Salud de EE. UU. de Norteamérica, con el Dr. Frederic C. Bartter, quien fue su venerado maestro y guía en su especialidad. Allí hizo sus primeros pasos en el sendero de la investigación original que tantos laureles habría de conquistarle.

Reintegrado a nuestra patria, con gran tenacidad persigue otra ambición por largo tiempo acariciada y logra integrar el Laboratorio de Agua y Electrolitos del Departamento de Bioquímica y la Unidad Metabólica del Instituto Nacional de la Nutrición, de los que fue nombrado jefe.

Su excelente formación, su indudable sagacidad y su gran competencia para el trabajo necesariamente habrían de traducirse en una inmediata producción científica que prosiguió en forma ininterrumpida hasta su muerte y que fue plasmada en 35 trabajos originales que merecieron ser publicados en revistas de cimentado prestigio, tanto nacionales como del extranjero.

Es bien sabido que una gran parte del éxito de un investigador depende de la esencia de la pregunta que su naturaleza inquisitiva le haga formularse a sí mismo. Alfonso Rivera pretendió aprender acerca de los mecanismos generales de la homeostasis, y para ello utilizó como modelo biológico el estudio de la perturbación del metabolismo del agua y de los electrólitos que acontece en la cirrosis hepática. Podemos considerar verdaderamente soberbio su trabajo en el que describió la existencia de tres fases en dicho padecimiento, que se distinguen por la distinta excreción de sodio, potasio y agua, lo que explica la diferente respuesta de los pacientes a los diuréticos y además indican en forma precisa el tiempo más conveniente de administración de dichos fármacos, contribución que mereció el premio Carnot del año de 1961, que confiere la Academia Nacional de Medicina en concurso nacional. Su pesquisa lo llevó también a variados aspectos de la fisiología renal y al modo de acción de las hormonas, mas también tuvo oportunidad de adentrarse en el conocimiento de la diabetes insípida.

Desde muy pronto destacó como maestro auténtico. Supo expresar en voz alta sus pensamientos y transmitirlos con propiedad a un grupo de inquietos espíritus que absorbieron sus enseñanzas y que ahora, en otras instituciones, siguen el sendero que les trazó. Personas todas que aprendieron pronto a respetarle y a que-

rerle y que siempre encontraron al guía amable y estimulante en el joven gran maestro; sin embargo, sus dotes de educador no se limitaron a la enseñanza tutorial de aquéllos que constantemente le acompañaban al lado de los enfermos o en el laboratorio de investigación. Participó activamente en el adiestramiento de los estudiantes de medicina, y cuando, hacia el año de 1960, se reestructuró funcionalmente el Instituto Nacional de la Nutrición, fue la persona idónea escogida para hacerse cargo de la Jefatura de la Oficina Coordinadora de la Enseñanza sumando esfuerzos con el Dr. Salvador Zubirán, Director del Instituto, con quien colaboró en forma muy estrecha, ya que a ambos les animaba el mismo tipo de ideales. Desde esa posición fue capaz de visualizar y modelar la carrera hospitalaria en la que introdujo el Curso Integral en Ciencias Básicas. Entendió con justo tino el balance adecuado entre la enseñanza académica y el entrenamiento clínico. Creó así un sistema singular para la formación de los profesores que en tan gran número esa institución ha vertido en las universidades de provincia.

Alfonso Rivera fue, además, un humanista cabal. Con cuánto afán insistió en que el trabajo institucional no debiera hacer perder la amable convivialidad y la comunión espiritual que necesariamente han de establecerse entre el paciente y su médico. Numerosas ocasiones le oímos porfiar en la importancia que encierra el comunicar nuestros trabajos a compañeros de otras especialidades para que no se perdiese el aspecto integral de la medicina. Propugnó incansablemente la amigable relación entre investigadores y clínicos de cuyas discusiones surgiera la luz del saber y se abrieran las ventanas que conducen al pretender saber más. Es indudable que la sola contemplación de la vida ejemplar de hombres como Alfonso Rivera constituye en sí una lección objetiva. Las características del trabajo por él desempeñado le hicieron ocupar en breve una posición clave en el Instituto Nacional de la Nutrición que podemos concebir en dos distintas dimensiones. En efecto, su sólida preparación integral le permitía dialogar al igual con investigadores y con otros colegas de las más diversas especialidades. Asimismo, en la otra dimensión departía indiscriminadamente con personas de distintas jerarquías. Podía interiorizarse del problema de cada médico residente o estudiante graduado lo que le facultaba a constituirse en su consejero. Muchas vocaciones pudo definir y orientar por los caminos convenientes y qué doloroso resulta vernos privados de la profundidad de sus meditadas reflexiones. De manera suave en su proceder, sabía, sin embargo, dosificar su vehemencia hasta trocarse en verdaderamente apasionado cuando la ocasión así lo requería.

Alfonso Rivera se entregó, pues, en forma total a su institución en la que progresó rápidamente; su ascensión fue vertiginosa. Desempeñó un papel importante en la conversión del Hospital de Enfermedades de la Nutrición al Instituto Nacional de la Nutrición con las características y funciones que ahora tiene. Además de los puestos que ya han sido señalados, sus sabias consideraciones se dejaron oír en el seno del cuerpo técnico consultivo y en varias ocasiones fungió

como Director reemplazando al Maestro Zubirán de quien recibió ilimitada confianza y a quien le unieron entrañables lazos de estimación y afecto. Fue, pues, un pilar fundamental del Instituto Nacional de la Nutrición y su desaparición le ha convertido en un símbolo del mismo.

Llevó una vida académica por demás activa y a menudo utilizó la tribuna que le ofrecían las sociedades científicas a que perteneció. Bien recordadas son las comunicaciones que hizo en la Asociación Mexicana de Gastroenterología, en la Asociación de Médicos del Instituto Nacional de la Nutrición, en la Asociación de Investigación Pediátrica, en la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, en la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas. También fue miembro del American College of Physicians. Ingresó a nuestra corporación en el año de 1963 ocupando un sitio en la Sección de Nefrología y de inmediato se le conoció su dinamismo. Su trabajo de ingreso fue un excelente resumen sobre el tema ya mencionado de las alteraciones hidrolíticas en la insuficiencia hepática, y en el Congreso del Centenario, nos ilustró en relación a los factores hormonales de la hipertensión renal vascular y a los trastornos renales y electrolíticos producidos por los nuevos medicamentos.

Aún cuando lo anteriormente expresado le hará vivir para siempre en el corazón de los que tuvimos la dicha de tratarle y conocerle, no cabe duda que una de sus grandes cualidades fue la amistad que profesó a todos los que le rodearon. Fueron muchos y muy buenos los amigos de Alfonso Rivera. A raíz del trágico acontecimiento alguien me dijo que un amigo íntimo es un hermano que en la vida se escoge. Qué oportunas resultan las palabras de Cicerón, quien en su Diálogo de la Amistad, nos relata "Entre las muchas y muy grandes ventajas que en la amistad se contienen, hay una que prevalece sobre las demás, a saber: que hace resplandecer delante de sí alegres esperanzas para el porvenir y no consiente que los espíritus se debiliten y se postren. El que mira a un amigo verdadero es como si viera a su propia imagen. Y así, los ausentes se hacen presentes; los pobres, ricos; los débiles, fuertes, y —lo que es más difícil de decir— los muertos, vivos; tanto es el honor, el recuerdo y la añoranza de los amigos, que estos sentimientos los siguen más allá de la tumba".

Alfonso Rivera, investigador maduro, maestro y educador de altos vuelos, trabajador infatigable, hombre institucional, organizador singularmente eficiente; Alfonso Rivera, gran amigo, descansa en paz.

DR. GUILLERMO SOBERÓN.